

Travesías

Aileen El-Kadi

A GONZALO GARCÉS

Hace poco leí una frase en un libro de un joven escritor chileno. Hablaba sobre Chile. O mejor, sobre los Chiles, así, en plural. Y sobre el peso que significaba recibir un país como herencia. Rafael Gumucio decía que una generación nunca recibe el mismo país que sus padres o abuelos vivieron. “Ese Chile que usted habita, del cual es no sólo su sobreviviente sino su único viviente”, le escribe y advierte a Nicanor Parra, “ese Chile a mí me tocó muerto.”

Este texto que sigue no narra Chile, pero narra dos generaciones, la de mis padres y la mía, y el aparente círculo que se dibuja cuando dos tiempos se superponen en un mismo espacio: Estados Unidos.

a. Desajustes

¿Alguien recuerda *Gabriela Cravo e Canela* y *Dona Flor e seus dois maridos*? Yo solía usar estas novelas como referencia para explicar dónde había pasado mi infancia y

adolescencia. A principios de los setenta, mis padres habían decidido dejar los Estados Unidos. Ambos eran científicos: él, árabe; ella, de origen alemán. Se radicaron en un pintoresco pueblo costero del este de Brasil habitado por un puñado de oligarcas rurales enriquecidos por la exportación de *cacau* y por el resto de la población: pescadores y los hijos y nietos y bisnietos de esclavos que siguieron trabajando para los *capitães* de las tierras a cambio de una paga mínima. Ilhéus sería una ciudadita absolutamente inexistente para el resto del mundo si no fuera por Jorge Amado.

¿Qué hace que dos personas con doctorado, trabajos excelentes, una buena vida en un país que adoran, decidan largar todo para instalarse en un lugar desconocido rodeado de mar, barro rojo y un par de decadentes casonas de comienzos del siglo veinte? Incluso en el caso de que éstos hubiesen sido antropólogos, la cosa nunca tuvo mucho sentido para mí. La relación de mis padres con Brasil era nula. No hablaban portugués y no conocían nada de la cultura afro de la región. Siempre me dio la impresión que había algo oscuro en toda esa historia: para mí, alguien que decide hacer algo como lo que hicieron mis padres es, cuanto menos, un fugitivo de la ley.

Mi hermana y yo éramos bebés cuando llegamos a Ilhéus. Pero curiosamente no llegamos desde los Estados Unidos sino desde Argentina —en una especie de parada intermedia entre Norteamérica y Brasil—, donde mi madre había decidido que nacíamos. Ella no lo sabía, pero con ese gesto, que toda mi vida consideré desesperado y absolutamente innecesario, sellaba para siempre mi conflictiva historia con las tierras de Evita.

Con mi hermana siempre nos las arreglábamos para no tener que usar nuestro apellido en reuniones y así evitarnos el “¿El-qué?” que seguía a nuestra presentación. Nuestro hogar, estaba claro, era distinto al de la mayoría. Nuestros conocidos tenían familias numerosas con ape-

llidos portugueses o italianos; pasaban las vacaciones y feriados largos en sus *fazendas*; almorzaban *feijão*, arroz y farofa; en sus casas se escuchaba samba, pop y *rock 'n' roll*; eran católicos que iban a *terreiros*; y hacían ofrendas a los *orixás*. Nosotros éramos cuatro gatos locos, pasábamos los veranos cerca de los Andes con nuestros abuelos maternos y los inviernos en las turbulentas calles de El Cairo, comiendo palomas rellenas y *moloheia*. Nuestros padres hablaban otras lenguas. En casa se oía Tchaikovsky y Mozart. Crecimos sin dioses y vivíamos como habitantes de una isla babélica en pequeña escala.

Parece interesante, pero fue catastrófico para mi desarrollo social. Hasta hoy.

A punto de terminar la secundaria, mis padres determinaron que una ciudad como Ilhéus no resultaba el ámbito ideal para ofrecer una sólida educación superior a sus hijas y nos enviaron a estudiar a Tucumán, en el norte de Argentina, donde vivía mi abuela materna. Eran los finales de los ochenta. En cierto sentido, Tucumán no era muy distinta a Ilhéus. Había diferencias obvias: la población tucumana triplicaba a la ilheense y la ciudad estaba incrustada en una especie de agujero húmedo entre el cerro Aconquija y la selva subtropical que bajaba de Bolivia, sin signo alguno de la cultura afro-costera de mi mundo brasilero. Pero había otras diferencias que las igualaban. En vez de *fazendas de cacau* y *seringa*, la oligarquía tucumana se había enriquecido con caña de azúcar y cítricos. En lugar de descendientes de esclavos negros, quienes trabajaban la tierra eran de ascendencia indígena. Nadie escuchaba samba sino zambas. Con todo, mi primer año fue particularmente difícil.

Para ayudar en la adaptación, mis padres nos inscribieron en un colegio irlandés bilingüe, español e inglés —dos lenguas que no dominábamos—, y nos anotaron en un club de *rugby* cerca del barrio residencial donde vivía mi abuela, no para que practicáramos el deporte, exclusi-

vo para los hijos varones de los “chetos” que vivían en los “countries” de Yerba Buena, sino para que consiguiéramos amigos. Al poco tiempo los tuve —chicos y chicas de doble apellido español o francés—; luego aprendí a peinarme con el jopo, traté de encariñarme con el *junper* gris con corbatita verde y camisa blanca del colegio, me aprendí algunas estrofas del himno, fui a misa por primera vez, imitaba el bailecito de Rick Astley y canturreaba a Phill Collins y Roxette en la ducha. Me compré pantalones John L. Cook y me reunía los domingos a la tarde a tomar el té con facturas en casa de las chicas, a las noches salíamos a bailar con los pibes al Tucumán *Rugby* Club. Mis vacaciones de verano ahora eran en Punta del Este, Míramar y Pinamar.

Las cosas iban más o menos bien y mi proceso de adaptación seguía el rumbo deseado. Conservaba, eso sí, una especie de evidencia innegable que me autodelataba como extranjera, una característica que, sinceramente, no era del todo negativa. Más de una vez me ayudó a sobrellevar ciertas carencias; por ejemplo, me permitía justificar ciertos gafes en mi interacción social, cierta incompatibilidad con las familias de sociedad, y me permitió, finalmente, justificar el haber decidido estudiar, además de la estándar *prêt-à-porter* Administración de Empresas, la absurda carrera de Filosofía y Letras. Ninguno de mis compañeros del colegio San Patricio me acompañó en esa empresa. Así, mi círculo de amigos y mis actividades cotidianas fueron cambiando, y de golpe, me encontré sentada en la céntrica calle 25 de Mayo haciendo pulseritas y discutiendo a Juan Gelman y Rodolfo Walsh.

—¿Y vos que hacías durante la dictadura? —me preguntó por esos días un compañero de universidad.

Hubo un silencio de mi parte. El silencio fue una reacción de anonadamiento ante la pregunta y darme cuenta de que, de haber contestado la verdad, hubiera firmado mi sentencia de expatriación de Argentina.

Concluí que mis años setenta y ochenta habían sido una época terriblemente frívola y superficial que debía borrar de mi nueva identidad argentina. Determiné como absolutamente necesario tener un pasado de compromiso político e incluso consideré la posibilidad de inventarme un hermano varón y desaparecerlo a manos de la dictadura. Fue por esos días que comencé a especular con la posibilidad de que mis padres hubieran sido exiliados políticos o disidentes fugados de persecuciones neofascistas —los imaginé incluso como parias; cualquier cosa con tal de salvar la dignidad familiar. En mis conversaciones cotidianas dejé de lado cualquier referencia a Brasil. Mi pasado se había convertido en una verdad inconveniente en los pasillos de Filosofía y Letras. Cambié mi vestuario a un estilo más *hippie*, incorporé términos como resistencia, imperialismo, milicoshijosdeputa, opresión, y adquirí, en una tarde, la discografía completa de Spinetta, Sui Generis y Pappo. Me aprendí de memoria trechos de las canciones y me compré una guitarra; que nunca usé, pero la exhibía orgullosa en las reuniones de la plaza.

El mecanismo que había desarrollado en todos esos años para llevar a cabo estas identidades temporarias era bastante simple y eficaz: observar, seleccionar, practicar, reproducir. Pero lo cierto es que estas transiciones camaleónicas terminaron, al cabo de un tiempo, por crearme un cierto pánico, un estrés ante la posible inminencia de otro nuevo cambio, y un temor a quedarme sin un disfraz que vestir, sin *performances* que llevar a cabo. Cada vez se me hacía más complejo separar las identidades anteriores de la actual, pasar de un contexto a otro, ir del té con medialunas con las chicas del San Patricio al bar de Psicología, a la oficina del profesor de Microeconomía Aplicada II y volver a casa, donde tampoco sabía muy bien quién ser o qué hacer conmigo.

Ser parte de una familia multinacional tiene una gran ventaja: uno acaba siendo siempre un individuo in-

interesante por diez minutos para toda clase de gente. Pero cuando terminas de narrar tus varios orígenes, genealogías exóticas, incomunicable multilingüismo, los diversos territorios por los que has pasado y escuchas el último ¡oh! y *wow!* de tus interlocutores, la vida te devuelve a su opacidad cotidiana y uno regresa, involuntariamente, a la homogenización existencial. En mi caso, eso significaba retornar a la constatación de una absoluta falta de identidad coherente, y lo que era peor a mi parecer, auténtica.

b. El trayecto

—*So, how'da heck did you end up here in the States?*

Estaba en un falso bar mexicano en Broadway Road, frente al campus universitario de la Universidad de Colorado dando sorbitos a una *frozen* margarita rosada, cuando Alex Fobes, un compañero del doctorado, me hizo la pregunta. Para entonces yo ya vivía en Estados Unidos desde hacía seis años y Al-Qaeda había atacado las torres del World Trade Center y el Pentágono al año de llegar. Trabajaba en mi tesis doctoral y salía de vez en cuando a respirar aire para después volver al encierro de la oficinita. De golpe, la pregunta de Alex me enfrentó a la terrible constatación de mi falta total de conocimiento sobre la vida de mis progenitores.

Es curioso, pero como hijo a uno no se le cruza por la cabeza hacerles a sus padres preguntas básicas como qué hicieron en sus vidas, en qué consistían sus trabajos, cómo llegaron donde llegaron (metafórica y literalmente), y mucho menos cuestiones más elaboradas tales como si sufrieron traumas de juventud, discriminación o si lloraban por las noches abrazados a alguna almohada. Fue en ese instante, cuando Alex me hizo aquella pregunta, que apareció la imagen de mis padres. Jóvenes. En Norteamérica.

Mi padre es egipcio. La oveja negra de una vasta familia musulmana de El Cairo que a mediados de los cincuenta se largó de las tierras británicas de Farouk para

estudiar en Alemania, donde terminó conociendo y casándose con una adorable mezcla de alemana, sueca e italiana de línea católica y judía: esto es, mi madre. Apenas casados, decidieron emigrar a los Estados Unidos. Partieron en un barco desde El Havre, Francia, con un doctorado bajo el brazo, un contrato de trabajo en Pasadena, California, y un *beetle* azul. Llegaron el 20 de julio de 1969 al puerto de Nueva York y ese mismo día caminaron tomados de la mano a Times Square, donde, en una pantalla gigante, transmitían el alunizaje del Apollo 11. Un ceremonioso Nixon hablaba con Armstrong, Aldrin y Collins. No hizo menciones a las tropas en Vietnam. Mi madre me dijo que hasta hoy le resuena el "*for every American, this has to be the proudest day of our lives*". Nunca imaginé que mis padres hubieran presenciado ese momento singular en la historia mundial, ni tampoco supe que acompañaron el cortejo fúnebre de Louis Armstrong. Me enteré de todo esto hace poco.

Y ahí estaba yo ahora. En los Estados Unidos. En el bar. Con una margarita espantosa entre manos. Pensando en cómo coños había terminado allí. Lo miré a Alex y lo que hice fue intentar resumirle mi vida de los últimos años. Jugármela de interesante por esos diez minutos mágicos. Le conté que, después de un tiempo viviendo en España y estudiando poesía erótica árabe del medioevo ibérico, había decidido regresar a Argentina. (Llega su primer *wow!*) Me encontré al país en estado de *shock*: el imperio Menem caía, De la Rúa pasaba de aburrido a corrupto-hijo-de-puta y los argentinos intercalaban manifestaciones histéricas frente a los bancos con compras de pasajes a España y Estados Unidos. ¿Escuchaste hablar del "corralito", Alex? (*Corru-what?*) Dejá. Así es que no, de-fi-ni-ti-vamente no era un buen momento para regresar, menos para una recién recibida que hacía estudios medievales ibéricos. (Alex asintió cómplice: en eso sí sabía de lo que yo hablaba.) Contemplé entonces la idea de

regresarme a Europa. La verdad es que si me hubieran propuesto dar clases en Dzerzinsk, por decir, compraba pasaje y firmaba contrato. (Se rio, aunque no creo que supiera a lo que me refería.) Entonces acepté la invitación de David Lagmanovich, un *visiting professor* argentino en el Departamento de Spanish and Portuguese en CU-Boulder, para hacer mi doctorado. (Segundo *wow!*) Y ya. Al poco tiempo de firmar mi aceptación para un *teaching assistantship*, llegaba a esta ciudad-burbuja-de-*wealthy-hippies* de la que no tenía la más pálida idea de cómo era, ni siquiera que estaba asentada al lado de las prístinas *Rocky Mountains* y una puta nieve por todos lados. Era diciembre del año 2000. Pasé uno de los finales de año más solitarios y deprimentes que recuerdo, mirando la nieve caer y caer y caer, y leyendo a Bolaño en un apartamento que compartiría con una española de Bilbao y una peruana que había empapelado el baño con versos de Lezama Lima y Vallejo. (Tercer —y último— *wow* de Alex.)

Su expresión anunciaba una pregunta. Lo interrumpo, "*I gotta go, Alex.*"

Las cortinas bajan, los diez minutos de fama terminan.

Esa misma noche le escribí a mi madre. Necesitaba saberlo todo. "Ma", le puse en el *e-mail*, usando unos diez signos de exclamación, "¡necesito saberlo todo ya! ¿Qué pasó? ¿Qué pasó desde Europa a Estados Unidos y Brasil?" Ella prometió hacer memoria y enviarme una serie de *e-mails*. Mientras yo esperaba el eslabón que finalmente daría sentido a mi ser, volví a pensar en la pregunta de Alex. ¿Cómo habían sido mis primeros meses en los Estados Unidos? Complejos. Ambiguos. En realidad empezar a tomar los cursos del doctorado con otros diez estudiantes españoles, latinos y norteamericanos no fue complicado. Las clases eran en español, los referentes eran familiares, el divismo de muchos profesores y alumnos me resultaba conocido. Era como no haberme movido de

Sudamérica. El problema empezaba al salir del Departamento y encontrarme con *The United States* y con el desagradable detalle de que la gente hablaba inglés. Envidié a los sordomudos y su cómoda vida pública. El simple hecho de entrar a un Starbucks para pedir un café me aterrizzaba. Aún hoy recuerdo la pesadilla que fue ir a una farmacia y tratar de comprar cera depilatoria y solución fisiológica para limpiar lentes de contacto —con señas. Lo tomé como una especie de humillación necesaria, el precio de no tener que verle la cara a diario a Menem y la Bolocco, a De la Rúa y a Tinelli.

Sí, había un precio a pagar y la aventura de descubrir qué nueva identidad debía construirme en los Estados Unidos para poder vivir con ellos —¿como ellos?—, pero estaba confiada y optimista: venía entrenada en el fino arte de la emulación. Me propuse entonces seguir mi ya conocida estrategia: observar, seleccionar, practicar, reproducir. No resultó tan fácil como imaginé. El juego aquí tenía otras reglas. Mi poder "performático" se complicó. De golpe, me encontré perdida. Era como estar en medio de una película donde a uno le cuesta distinguir ficción de realidad. Me sentí miserablemente inmigrante, pero incapaz de encontrar los elementos para darle forma a ese nuevo yo.

c. El formulario

Recuerdo claramente mi primer día en la universidad. Fue un lunes. Helado. Me envolví en abrigos, me calcé el walkman y salí del apartamento de la calle Baseline dando saltitos idiotas en la nieve a buscar la parada del ómnibus. Un impecable bus con la palabra *skip* sobre el chasis verde se detuvo a un par de metros.

—*Campus?* —preguntó el chofer.

—*Ab... yes* —contesté torpemente, y subí.

—*How are you today, young lady?* —me preguntó entonces, y yo me quedé helada.

Hasta hoy trato de recordar si finalmente, después del *shock*, le contesté. Imagino que no. Me fui directo al fondo del vehículo calefaccionado y me senté cabizbaja y desorientada, como una adolescente en su primera visita al ginecólogo. Al bajarme del ómnibus me di cuenta de que ese pequeño transporte público había sido el espacio más limpio, tranquilo y educado en donde había estado en muchísimos años.

Recorrí casi todo el campus caminando trabajosamente para no resbalarme en el hielo. Alcancé finalmente al Departamento de *Spanish and Portuguese*, pero antes de que pudiera acomodarme me mandaron a *Human Resources*. Debía completar mis papeles.

—¿*Human* qué? Me sonó extraño. Una de las hojas que me dieron decía:

7. Is Person 1 Spanish/Hispanic/Latino? Mark the "No" box if not Spanish/Hispanic/Latino.

- No, not Spanish/Hispanic/Latino Yes, Puerto Rican
 Yes, Mexican, Mexican Am., Chicano Yes, Cuban
 Yes, other Spanish/Hispanic/Latino - Print Group

8. What is Person 1's race? Mark one or more races to indicate what this person considers himself/herself to be.

- White
 Black, african Am., or Negro
 American Indian or Alaska Native - Print name or principal tribe.

Asian Indian Japanese Native Hawaiian

- Chinese Korean Guamanian or Chamorro

- Filipino Vietnamese Samoan

- Other Asian - Print race. Other Pacific Islander - Print race.

Some other race - Print race

—Mierda —me dije—. Este país me jodió.

Por primera vez, no supe qué esperaban ellos de mí. ¿Cómo actuar? ¿Cómo lograr integrarme? ¿Qué identidad adoptar? Mis psicosis se acentuaron. Cotejé las opciones —esto es, mis opciones— para crearme alguna identidadcita temporaria.

Posibilidad # 1: ser latina. En Estados Unidos, ser latino es ser inmigrante. Ser inmigrante es ser inferior, es ser mexicano, dominicano, peruano, brasilero. Es ser feo, ignorante, vulgar. Medio animal. O animal sexual. Ser pobre. Es venir a buscar lo que no se tiene. Es venir a sacar lo que aquí sobra. Invadir, desorganizar, afeard lo blanco y limpio. Servir sólo para ser cocinero, mucama, barredor, obrero. O puta. No hablar inglés. Casarse para conseguir papeles. Embarazarse cada año. (Veredicto: descartado.)

Posibilidad # 2: ser árabe. Ah, ¿ser árabe? Pero ser árabe es muuuucho más simple: sos terrorista o podrías serlo. Punto. (Veredicto: descartado.)

Concluí, entonces, que si quería seguir en territorio norteamericano debía acoplarme al molde *yankee* a cualquier precio y borrar, lo más rápido posible, todas toooooodas mis marcas latinas y semíticas. Puse manos a la obra. El primer paso era trabajar en lo que saltaba a primera vista: el habla y el *look*. Pasé largas horas en el *locker room* del gimnasio tratando de aprender *American expressions*, repitiéndolas en silencio para usarlas en eventos sociales. Me conseguí un novio autóctono. Perfeccioné lo que yo llamaba la sonrisa *yankee* y la practicaba frente al espejo estirando los labios inferiores hasta conseguir un principio de sonrisa sin mostrar los dientes—hacerlo sería algo *waaaay too friendly* y delataría mi condición latina. Fui a una *REI store* a comprar *Columbia's outfits* para hacer *biking* y botellitas de plástico de colores para cargarlas siempre conmigo. Dejé de bajarme del cordón de la vereda moviendo frenéticamente el brazo para parar el ómnibus.

Empecé a decir *Hi* y *Thank you* al chofer alargando cuidadosamente el *aaaiiii* y el *iiuuuu* finales. Incorporé el *aweso-me, cute*, y el *like-aaa*, en mis oraciones y me aseguré de usarlos al menos unas seis veces en cada charla. Paré de apoyar mi mano sobre el brazo y espalda de mis estudiantes, y al hablar con ellos calculaba mentalmente una separación de noventa y cinco centímetros entre nuestros cuerpos. Dejaba mi *laptop* “desatendida” cuando estaba en los cafés trabajando en mis *papers* para exhibir una absoluta confianza en mis civilizados conciudadanos. Bajé un 38% el volumen de mi voz al hablar con la gente. Me presentaba usando sólo el Aileen y replacé el El-Kadi por el mucho más conveniente apellido de mi madre, Schuster Kapfhammer. En conclusión, todo empezaba a mejorar. Sentía que iba por buen camino.

Mi madre se tardó bastante en narrarme su experiencia en USA. Para el momento en que empecé a recibir sus *e-mails* y a llamarla con preguntas puntuales yo ya había expandido considerablemente mis especulaciones de cómo debía haber sido su experiencia americana y las razones de su salida de Europa. La lectura de sus crónicas vinieron a ser al mismo tiempo un mapa donde espejar mi propia experiencia en Estados Unidos décadas después, pero también un balde de agua fría, pues me di cuenta de que, más que querer conocer sus vidas, lo que deseaba era hacer coincidir mis fantasías sobre ellos con lo que quisiera que hubieran sido.

Eran los *late sixties* y todo lo que, políticamente, implicaba tener treinta años y ser universitario en Europa. Lo mires por donde lo mires, mis padres habían sido rebeldes a su propia manera. Rompieron con los mandatos familiares, rechazaron las etiquetas culturales y religiosas, dejaron sus países, eran parte de minorías. Insisto: salir de Europa luego de los tumultos del 68, en medio del *burgeninitiativen*, teniendo ambos buenos puestos de trabajo

como científicos, apartamento y coche, me resultaba, como mínimo, sospechoso. Su salida no podría ser otra cosa que la de dos individuos progresistas de izquierda, activamente involucrados en la política y huyendo de amenazas de la derecha. “Querida, a nosotros nunca nos interesó la política”, me interrumpió mi madre. Supongo que lo que sucedió es que estaban hartos de los cielos grises y fríos de Fráncfort. O de los alemanes. No quise explorar esas opciones.

Los Estados Unidos que yo descubría por esos meses eran un lugar indefinible, eran el país de apariencias, donde nada era lo que parecía. Hasta antes de andar por las calles de Boulder no me había dado cuenta cuán acostumbrada estaba a las agresiones urbanas cotidianas de América Latina y de África. Aquí la gente me sonreía y saludaba. Extraños me deseaban un *have a nice day* o *have fun*. Insinuaba querer cruzar la calle y, en lugar de intentar atropellarme, los autos se detenían. El empleado se demoraba un minuto en atenderme en el banco y se disculpaba.

Mi primera conclusión fue que el pueblo norteamericano encarnaba un ideal de civilización que ni Tomás Moro hubiera imaginado. Sin embargo, con los años fui descubriendo que había en la sociedad una malla doble, un doble canal, un doble sistema: uno visible, el otro camuflado. Claro, existía en el ambiente calma, orden, limpieza, organización, tolerancia, la buena convivencia ciudadana. Un estado de control y permisividad que parecía permitir todas las pluralidades y diferencias, pero que, en realidad, anulaba y homogeneizaba a la gente. Excluía sin hacer alarde de tal exclusión. Te aceptaba como eras, pero te obligaba a moldearte a un modelo muy restringido.

Ser americano en el siglo veintiuno era complicado. Pero los *seventies*, pensaba, ah... los *seventies* de mis padres fueron otra cosa, una época de definiciones, de tomar partido, de ideologías nacientes. Se era o no se era.

Para bien o para mal. Era la época de Vietnam, del recrudecimiento del KKK y la *White Supremacy* pero también del *Black Power* y de los *hippies* y su *Flower Power*. De los feminismos y las manifestaciones públicas. Debe haber sido duro llegar como extranjeros, supuse. Mucho más que ahora. Ser egipcio, de piel oscura, acento fuerte, pasearse con una mujer que confundían con Grace Kelly. Debe haber causado estragos en la vida de mi padre. ¿Qué ideología habrán abrazado? ¿Cómo defendieron su identidad contracultural viviendo en California?

Pero nada de eso ocurrió. Mis padres no fueron *baby boomers*. Ni activistas contra la violencia. No usaban *fringed groovy clothing* ni se pasaban las tardes tirados en la cama, hablando de revoluciones y fumando marihuana *John Lennon-Yoko Ono style*. No estuvieron en Woodstock. Y no, no sufrieron jamás ningún tipo de discriminación. “Adorábamos Estados Unidos, fuimos muy felices allí”. “OK, *ma*, I got it”, le dije, un poco con rabia.

En su *e-mail* mi madre narraba el viaje que hicieron a través de Estados Unidos de— Nueva York a California, en el *beetle*. Acamparon en casi todos los National Parks que encontraron, donde hicieron fogatas, comieron *marshmallows* con otros campistas, vieron osos y alces. Atravesaron Washington D.C., Dakota, Seattle, San Francisco, Los Ángeles y llegaron finalmente a Pasadena, donde ya tenían casa y trabajo en el Instituto de Investigación Pasadena Foundation. *Life was good for them, indeed*. El primero de enero de 1970 asistieron al *Rose Parade* y volvieron a ver a los tres astronautas, en vivo esta vez, sentaditos en medio de las rosas, saludando al público como una Miss California. Al tiempo se mudaron a Nueva Orleans donde conocieron el jazz en bares y clubs. Se hicieron amigos de otros *cientistas* y se reunían por las noches en el French Quarter para hacer *barbecues* o *French-African cuisine* y recibían el amanecer sentados en el piso de un barcito del Preservation Hall bebiendo *long-drinks* y escuchando a *Kid*

Thomas y Louis Nelson. Lugares, dijo mi madre, donde sólo entraban blancos y donde los negros o eran músicos o eran sirvientes. Al regresar a California mi madre se embarazó, y un mes antes de que yo naciera decidió irse a América Latina. Porque sí, porque no tenían raíces fijas en ningún lado, me explicó. Porque querían que nosotras creciéramos frente a una playa, alejadas de los vicios y las violencias de las grandes ciudades. Para que aprendiéramos una nueva lengua que no era de nadie. Para que siguiéramos nuestro camino. Uno distinto, sin tener que repetir nada ni nadie. Libres.

d. La herencia

Para contestarle la pregunta a Alex, tendría que haber sabido todo esto. Tendría que haber extendido frente a mí ese mapa plural que había empezado en Estados Unidos, haber contrastado esa especie de *loop* construido entre mis padres y yo, entre los *late sixties* y los años post-Osama-bín-Laden. Quizás esa travesía nacional que hicieron al llegar fue, de algún modo, una manera de tragarse el país de una sola vez. Asimilarlo desde la geografía, no desde las identidades. Desde las vivencias cotidianas a partir de sus diferencias y no desde las coincidencias.

Mis travesías habían sido una serie de intentos de recrearme maneras de ser que yo concebía como fijas, inventarme una sola raíz, dibujarme con una sola línea, prolija y sin quiebres. Los Estados Unidos que yo recibí de mi madre eran, también como el Chile de Gumucio, un espacio muerto. Ni Brasil, ni Argentina, ni Egipto, ni Alemania, ni Italia me pertenecían ni me definían. Mi documento de extranjera tampoco era mi pasaporte con todas mis visas y sellos de entrada y salida. Mi documento era esa hojita que me entregaron en *Human Resources* y que no supe cómo marcar.

Era esa hoja que dejé en blanco.

ALFAGUARA



Sam no es mi tío

**Veinticuatro crónicas migrantes
y un sueño americano**

DIEGO FONSECA Y AILEEN EL-KADI, EDITORES.